En busca del quetzal (*)

Relato de la captura del Pájaro Real de los aztecas

Por el Dr. V. WOLGANG von HAGEN,
Jefe de la Expedición a Honduras hecha bajo los auspicios del Museo del Indio de América.

Ningún otro pájaro en toda la América ha ejercido influencia tan profunda sobre el hombre antiguo de México y Centro América, como el Quetzal a quien sólo rivalizan en belleza algunos pájaros de Oriente. El Quetzal está asociado íntimamente con el dios azteca Quetzalcoatl—la Serpiente con plumas—héroe de la cultura del México antiguo, y también con la conquista española. Acerca de este bellísimo pájaro hay infinidad de mitos; el que ha persistido más es el de no poder vivir cautivo ni siquiera por días u horas. Durante algunos siglos se creyó que este pájaro era fabuloso. Hasta hace poco se decía que era tan raro que estaba a punto de extinguirse, pero si uno tiene la curiosidad de visitar el jardín zoológico en el parque Regent's en Londres, encontrará seis de estos pájaros, pichones de Quetzal, que demuestran no ser fabulosos ni estar extinguida su especie.

Con buena suerte, paciencia y un poco de trabajo, investigamos concienzudamente la historia de la vida del Quetzal, durante los primeros meses de nuestra expedición a Honduras, que tuvo por resultado la captura y, por primera vez en su historia, el desarrollo en cautividad del Pájaro Real de los aztecas.

Este pajarillo de color verde tornasolado está confinado sólo a las altas selvas de Centro América donde llueve frecuentemente, desde Guatemala hasta el Norte de Panamá. El Quetzal representa un género único (Pharomachrus) de los pájaros conocidos científicamente como los Trogonidas. El Quetzal macho tiene más o menos el tamaño de una paloma grande y le adorna la cabeza una primorosa cresta verde; tiene el pecho rojo, pico y patas de color amarillo, el cuerpo es de un singular color verde metálico. Manchitas de plumas verdes cubren las alas oscuras. La hermosa cola que es un conjunto de plumas alargadas negras, blancas y verdes, termina en dos larguísimas plumas verdes—símbolo de su fama e inmortalidad—. Estas dos plumas que son de más de 38 pulgadas de largo forman magnífica estela en el vuelo del Quetzal. La hembra es menos bella que el macho con sus hermosas plumas caudales, pero los colores de aquélla, más oscuros, de verde oliva, carmín y gris en sí mismos superlativamente bellos.

Como en el caso de muchas bellas criaturas silvestres, la morada del Quetzal está lejos de los poblados humanos. Siempre que el hombre se establece dentro de los dominios del Quetzal, éste busca partes más recónditas. El reina en los sombríos parajes lluviosos de las selvas tropicales, a 5,000 pies sobre

(*) Tomado de la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales* de Honduras.

el nivel del mar. En toda la República de Honduras hay muchas de estas selvas donde llueve con frecuencia, pues todo el país está lleno de cerros y montañas. Muy poco se conoce todavía el interior de Honduras. En el Departamento de Yoro hay una notable cordillera de montañas que se conoce como la Sierra de Pijol, cadena bastante grande que culmina en un alto pico, el Monte Pijol, de más o menos 7,500 pies sobre el nivel del mar. Virgen e inexplorado, se alza como una de las cumbres más altas de Honduras. Fué a esta montaña a donde nos dirigimos en nuestro primer ensayo sobre el estudio del Quetzal.

Escogimos por guías a indios jicaques, que se encuentran por toda la región; conseguimos bestias y pronto partimos hacia las faldas del Monte Pijol. Ascendimos gradualmente. Algunos de los flancos en las quebradas estaban cultivados con maíz, pero la mayor parte estaba cubierta con pinos y robles, y como no había maleza pudimos caminar a caballo los primeros días.

El suave soplo de la brisa a través de los pinos nos hacía pensar en el Canadá más que en una región de los trópicos. Lo único que indicaba que estábamos en una región húmeda era la presencia de musgo en los árboles. Los pinos y robles estaban festonados con la Tillandsia gris parecida al musgo. No había ninguna rama que no tuviera un gran velo gris flotando en la brisa, lo que daba a los árboles cierta apariencia extraña y venerable.

Al cuarto día de nuestro viaje terminó abruptamente la región de los pinos; habíamos alcanzado una altitud de 4,500 pies y en vez del terreno arenáceo teníamos humus negro que no es favorable para los pinos. Luego empezamos a ascender los verdaderos flancos de la Sierra del Pijol, teniendo que abandonar las bestias y seguir nuestro viaje a pie con el lodo hasta las rodillas. Nuestros musculosos jicaques se dividieron la impedimenta, y todos con nuestras cargas empezamos la penosa jornada hacia las regiones lluviosas de la selva.

La presencia de los árboles Cecropia nos anunció el cambio de flora; con sus grandes tallos blancos y grandes hojas palmeadas se destacaban como candelabros en relieve contra la oscura selva. Sin ningún otro preludio forestal nos internamos en la jungla sombría donde reina el Quetzal. Apenas unos rayitos de luz se filtraban por la tupida selva, en la que los árboles en toda esta penumbra, se alargaban hacia el cielo buscando al sol. Los bejucos (jagüeyes) se enroscaban en todos los árboles y colgaban de toda rama, entrelazándose de árbol en árbol y enredando a los gigantes encinos y cedros en una inmensa red de cables espirales como las serpientes de Laocoonte. Entre éstos las trogontinas bajaban sus raíces aéreas, duras y fuertes, usadas universalmente por los nativos para cordelería. Allí también estaban y teníamos que esquivar, las agudas púas de la zarzaparrilla. Mientras más subíamos más sombrío se hacía el ambiente y más lodoso el terreno, pues por ser la selva paradero de nubes, durante la mayor parte del día y casi durante toda la noche caía un aguacero constante. Aun en los días claros, cuando sobre todo lo demás brillaba el sol, una espesa y brumosa nube cubría la cumbre del Monte Pijol.

Los pájaros de esta selva lluviosa son muchos: tucanos, carpinteros, y los trogones que son primos cercanos del Quetzal, también el minúsculo

jilguero, cuyo cántico alababan los aztecas. Ejércitos de hormigas, continuamente en marcha, causaban consternación en el mundo de los insectos; y los trogones, papamoscas y otros pájaros, sagazmente seguían a las hormigas, recogiendo al vuelo los insectos que escapaban de las despiadadas fauces de aquéllas. De vez en cuando nuestros guías descansaban de su tarea de abrirnos paso por la tupida jungla, para dar un grito semejante al del Quetzal. Era un sonido gutural, gorgorito, sostenido por algunos segundos que culminaba luego en subido crescendo. Luego aguzábamos el oído para escuchar alguna respuesta, pero no se oía sino el continuo gotear de la lluvia sobre la selva.

Al atardecer hicimos nuestro primer campamento instalando pequeñas tiendas de campaña debajo de un cobertizo de palmas que los jicaques levantaron con un poquito de trabajo. Así acampamos en un magnífico paraje de la selva virgen que cualquiera hubiera envidiado. Millares de epífitas pueblan las ramas contribuyendo a la humedad constante de la maleza. Polipodios—que son los más primitivos de los árboles existentes—alzan sus coronas emplumadas hasta 20 pies de altura, deleitando la vista con su esbeltez y arrogancia. La Heliconia de anchas hojas, la correosa Melástoma y las begonias, se encuentran por todas partes. El aire parecía en ese momento impregnado de un delicado perfume cuyo origen en vano buscaba mi esposa con su sentido botánico. Las flores que exhalaban tan rico olor probablemente estaban fuera de nuestra vista, en lo alto de los gigantes de la selva.

A tiempo de prepararnos para pasar la noche enlodados como estábamos después de la larga ascención, nuestros guías, que estaban encendiendo una fogata, se detuvieron a escuchar. Se oyó un canto ronco que luego cambió en sonido agudo y terminó en subida nota. El grito era característico de los trogones, pero más alarmante y agudo. Otros pájaros secundaron el grito cuyas entonaciones se parecían mucho a la imitación que hicieran los indios esa tarde. Era el grito del Quetzal.

Por la mañana oímos otra vez ese grito y fuímos tras los indios a la espesura del bosque, donde bajo un aguacate silvestre (aguacatillo) los jicaques señalaron hacia arriba y nos dijeron que allí estaba lo que buscábamos con tanto empeño. Eran los "ampúsays" como ellos llaman a los quetzales. En vano miramos. El árbol era grande y estaba cubierto con lustrosas hojas de laurel. Frutillas parecidas a las bellotas colgaban de las ramas, pero no podíamos distinguir al pájaro entre el follaje, y entonces uno de los indios apuntó y disparó su cerbatana; su proyectil de barro pegó en el follaje y pudimos ver luego nuestro primer Quetzal. Sin precipitación se lanzó al espacio en su vuelo ondulatario, característico, extendida su hermosa cola de blanco y negro con la cauda de sus dos largas plumas de verde tornasolado, flotando suavemente al ritmo de sus movimientos. Parecía cual si rasgase el aire un pájaro de oro. ¡Fundada razón tenían los aztecas, con su alto sentido de lo bello, para elevar al Quetzal a un lugar sacrosanto! Descendiendo a una ramita cercana el pájaro tornó a mirarnos con curiosidad y calma mientras que yo desesperadamente trataba de cambiar los lentes de mi cámara para captar al ave tal como se ofrecía a la vista.

Después muy pocas veces vimos a estos pájaros, aunque a menudo oímos sus gritos cuando se reunían mañana y tarde para alimentarse en el "aguacatillo". Luego fuímos más afortunados cumpliéndose nuestras esperanzas y lo que nos habían dicho los indios: Era la época cuando el Quetzal hacía sus nidos; al salir a uno de los claros del bosque en uno de los puntos más altos de la montaña, observamos un árbol sin vida que se alzaba entre árboles derrumbados y bejucos rastreros. En la cima de este árbol como a 40 pies del suelo se veía un agujero recién hecho. Mientras nos acercábamos al árbol saliô radiante de entre las brumosas nubes el sol e iluminó todo el espacio. El reflejo de dos largas plumas de verde tornasolado atrajo nuestra vista hacia el agujero. No bien habíamos visto las plumas cuando éstas desaparecieron y asomó la cabeza del pájaro enmarcada en la entrada del nido. Tenía erguida la cresta de coraje y sorpresa. Permaneció así pocos momentos y luego se lanzó al aire y voló hacia un árbol cercano. Nos miraba nerviosamente mientras yo hacía que los indios prepararan una escalera de bejucos para subir al árbol. Por esa vacilante escala subí al nido y enfoqué el interior con mi lámpara eléctrica. Como a dieciocho pulgadas abajo de la entrada estaban dos huevitos azules; no había material de nidos sino que los huevos yacían simplemente en el fondo de ese nido cilíndrico, apenas de tamaño suficiente para dejar pasar a uno de los pájaros padres, de los cuales sólo uno estaba allí. Por algunos años ha persistido la creencia errónea de que el Quetzal hace dos agujeros en el nido; uno para entrada y otro para salida, evitando así, al dar la vuelta dentro del estrecho nido, dañarse la cola, que para él es motivo de orgullo. Sólo hay un agujero de entrada y el pájaro no cuida mucho su cola; más de una vez encontramos las largas plumas verdes colgando del nido, caídas en el suelo, notando que éstas eran plumas quebradas y no las que cambia el pájaro naturalmente. (*).

Empezamos luego a construir una plataforma de observación a la altura exacta del nido, para poder observar a los pájaros sin que ellos nos vieran. El arte de los indios para hacer esa clase de construcciones vino a cuento, y en poco tiempo se alzó una plataforma sólida formada de un conjunto de trozas enlazadas con los cables de las aroideas tragontinas. Encima instalamos un cobertizo y cortina de espesas palmas. Allí nos estacionábamos casi diariamente para observar y anotar las costumbres del Quetzal. A pesar de nuestras precauciones entraba la lluvia a nuestro observatorio y muchas veces regresábamos al campamento mojados hasta los huesos y tiesos de estar parados todo el día sobre la plataforma. Sin embargo, el entusiasmo nos hacía olvidar todo eso. A través de los días pasaron ante nosotros las costumbres del Quetzal. La hembra empolla los huevos durante la noche, al amanecer deja el nido para alimentarse de los frutos de las palmeras, de los aguacatillos y de los insectos que a esa hora encuentra. El macho pasa la noche en la montaña y regresa al nido como a las ocho de la mañana, permaneciendo en él hasta que el hambre lo obliga a salir. La hembra vuelve al nido como a mediodía.

(*) El quetzal *(Calurus replendens)* es un ave del orden de las *Trepadoras.*

Al anochecer, después de haber cambiado turno varias veces el macho y la hembra, la madre regresa en cortitos vuelos y se posa cerca del nido, pero no entra directamente. Ojeando furtivamente a su alrededor no entra sino hasta estar segura de que no es observada y de que no hay ningún peligro cercano. Satisfecha finalmente, hace un rápido y corto vuelo hacia el nido y sin mayor vacilación entra en él.

La incubación dura de 18 a 21 días y una vez salidos los pollitos del cascarón, el nido se vuelve más alegre con las idas y venidas de los padres hacia sus hambrientos hijuelos. Como todos los pichoncitos, los del Quetzal son todo pico y estómago, y cuando oyen batir las alas de sus padres empiezan a chillar y a gorgorear. Durante las primeras semanas de la vida del pichón, la madre sigue llegando al nido en la noche para calentar a sus pollitos. En esas selvas lluviosas hace bastante frío durante la noche, pues la temperatura baja hasta 55° Farenheit. La naturaleza, sin embargo, ha protegido bien a estos pájaros contra el frío, pues sus plumas son generalmente de dos pulgadas de largo, tupidas y espesas, y proveen suficiente calor para sus hijuelos y para ellos mismos. Son sensibles a las inclemencias del tiempo y cuando llueve muy no recio salen del nido.

Los polluelos nacen implumes pero a los ocho días se cubren con plumoncitos de negro y café. Ninguna indicación dan de su belleza ulterior hasta la tercera semana cuando una pequeña mancha, en forma de V, de plumas verdes les sale detrás de la cabeza. Las alas crecen pronto y están bien formadas para ese poderoso vuelo corto que les es característico. A la cuarta semana les empieza a salir la cola y principian a salirles varias plumas verdes. El pájaro está ya listo para hacer un corto vuelo en caso de emergencia, pero si nada sucede para asustarlo, permanece en el nido hasta que han pasado cinco o seis semanas. A menudo les suceden emergencias; durante las tempestades que sobrevienen principitadamente del Caribe. enormes árboles caen arrastrando todo lo que está cerca. Varias especies de gatos silvestres y de halcones medran por los alrededores, y las culebras tampoco son raras. Todo esto puede obligar al pajarillo a volar antes de su desarrollo completo.

Teníamos bajo observación más de diez nidos y para todos ellos nos valíamos de iguales plataformas a donde iba yo diariamente llevando registro de cualquier variación en la vida de estos pájaros, y observando en un nido lo que no había podido ver en otro. En una de mis rondas ví a un pichoncito tomar el vuelo por primera vez. Posado en la entrada de su nido el pichoncito contemplaba con interés el mundo al que se iba a lanzar por primera vez. Alza la cabeza, se mueve nerviosamente, estira el cuello para determinar algún punto hacia el cual podrá volar por primera vez. El pajarillo parece comprender que en la selva no hay ensayo sin éxito, que si pierde su objetivo le será muy difícil levantarse del suelo. Por eso quizá trata de estar seguro de su meta. El quetzalito bate sus alas como ensayando su mecanismo. Luego, habiendo determinado el punto objetivo se lanza al espacio, y da contra la rama un poquito más abajo de lo que había calculado y queda con el pico sobre ella. A fuerza de batir

las alas y esforzarse por subir puede por fin posarse. Ya seguro sobre la rama se dedica al siguiente ejercicio que ha practicado desde pichonzuelo: primero estira una ala todo lo que puede al mismo tiempo que estira la pata de ese mismo lado; luego las vuelve a su posición normal y levanta ambas alas hacia arriba, estirando la cabeza y dejando ver el cuello implume; luego vuelve las alas a su posición normal y estira hacia atrás el ala opuesta a la ejercitada al principio. Terminado esto aun le queda mucho qûe hacer para "arreglarse". Con el pico empieza a quitarse los pellejitos sueltos que tiene por donde le han recién salido plumas. La "toilette" está ya casi terminada cuando oye a su padre regresar al nido, y olvidando su serenidad, se vuelve a convertir en el pichonzuelo chillón. Midiendo la distancia que tiene que volar para regresar al nido, revolotea trabajosamente para conseguir su ración de comida. Esto que presencié de la vida de los quetzales es quizá lo normal, pues la caída de un árbol u otros peligros pueden hacer que los pichones se lancen al vuelo más arriesgadamente.

Al llegar a esta etapa de la vida de los pichones del quetzal los sacamos de sus nidos, los enjaulamos y los enviamos al campamento, más abajo de la zona de los pinos. Allí tenía que acostumbrarse al cambio de alimento, a la menor elevación y a la temperatura más cálida. Se les enseñó cuidadosamente a correr y a alimentarse en el suelo para que hicieran ejercicio, pues tuvimos que recortarle una ala. Estas fueron las primeras medidas para aclimatarlos al jardín zoológico de Londres.

Los pájaros adultos constituían un problema, pues parecían estar sumamente asutados por su cautividad, y sus cuerpos (especialmente los de las hembras) parecían anormalmente pesados para la resistencia de sus patitas. Cuando no estaban posados sobre una rama dentro de la jaula, les flaqueaban las patitas al andar por la superficie de su encierro y caían lastimosamente. Después de medir y fotografiar a los pájaros padres de los pichones, los dejamos en libertad. Nuestro objeto ahora era dedicarnos a los jóvenes quetzales. A los tres meses es encontraban ya bastante desarrollados: gran parte de su plumaje de pichones había sido reemplazado con las plumas de verde tornasolado del quetzal adulto. Si hubieran estado en la montaña, se hubieran juntado con los pájaros mayores que incesantemente están al vuelo en busca de árboles frutales. Como la época de los nidos es bastante larga, de junio a octubre, muchos de los árboles ya no tienen fruta en setiembre. A principios de octubre entran los pájaros en una nueva fase biológica: En este mes empieza la larga estación lluviosa. Toda Honduras es azotada a diario por fuertes tempestades de proporciones de huracán. Estos chubascos, como se llama localmente a las tempestades, tienen su origen en el Caribe, y las altas selvas de las cordilleras son azotadas por la lluvia y el viento, y algunas veces por tempestades de granizo. Los quetzales huyen de esas regiones durante esos meses. El alimento allí casi se les agota y tienen que descender a menores altitudes, entre 3.500 y 4.000 pies, donde la lluvia es menos recia y donde los árboles empiezan a dar frutos. La primera semana de octubre marca el fin de la época de nidos, y hasta los

pichones parecen entonces acelerar su crecimiento, a fin de poder emigrar con sus padres cuando empiezan los chubascos. Hacia febrero regresan hacia sus tradicionales y sombrías moradas, donde se establecen de nuevo, para empezar otro ciclo anual en sus vidas. En mayo o junio empieza para ellos la época de hacer el amor, y si uno está por allí entonces podrá observar los refinados vuelos acrobáticos del macho, luciendo sus más vivos colores para conquistar a la hembra.

Así como nosotros los observamos, debieron de haberlo hecho los antiguos habitantes de la América. Todas las fases de su historia natural fueron indudablemente observadas por aquella gente primitiva que vivía en las mismas selvas del quetzal. Nada sabemos de los principios de la deificación de este pájaro sagrado de los aztecas y los mayas. Nadie sabe quién fué el primero que vió al quetzal en sus parajes nativos como una aparición de los dioses. Por los siglos del V al X aparece un personaje interesante conocido con el nombre de Quetzalcoatl, que quiere decir serpiente con plumas de quetzal. Por eso el quetzal se encuentra asociado a aquel personaje, héroe de la cultura de las Américas. Ya se le tenga como tolteca o como de alguna otra civilización anterior, la mayor parte de las autoridades en la materia, parecen estar seguras de que Quetzalcoatl fué hombre antes de ser dios. En las leyendas de su pueblo se le atribuye el haber enseñado las artes y los oficios, el arte de gobernar, las ceremonias sacerdotales y varias liturgias de ruda magnificencia. Parece que él adoptó las plumas de quetzal para las magníficas coronas, por las cuales tenía especial predilección, y que más tarde fueron parte de la representación pictórica de la Serpiente con plumas de quetzal. Como genio de la arquitectura se dice que desarrolló un motivo, la "Serpiente con plumas", que se encuentra en muchas de las magníficas estructuras del Nuevo Mundo desde Teotihuacán, cerca de la ciudad de México, hasta el Petén, Yucatán y Honduras. Las grandes balaustradas que representan la cabeza de la Serpiente boca abierta con enormes colmillos y con alargadas escamas de reptil, no son más que la reproducción literal de la cola de los quetzales que más tarde se convirtieron en motivo convencional de la decoración indígena de América. Después de la deificación de Quetzalcoatl el ave de verde tornasolado llegó a ser más que un pájaro sagrado, se convirtió en el propio símbolo del Héroe de la Cultura, dador de todos los bienes de que gozaban. Reyes y altos sacerdotes adoptaron las plumas del quetzal para sus adornos personales, de modo que esas plumas llegaron a estimarse más que el oro. La gente común asociaba tan íntimamente las plumas del quetzal con las jerarquías del estado y la religión, que no podían considerar al ave separada de esos augustos personajes. Al asumir el poder los aztecas, quienes lo tuvieron sobre todo México y la mayor parte de Centro América, las plumas del quetzal llegaron a ser objeto de tributo.

Las tribus del interior de Guatemala y Honduras tenían que pagar anualmente ese tributo. A fin de no extinguir esta preciosa ave con la incesante demanda por los nobles aztecas de esta insignia de divinidad, se decretaron estrictas leyes para la conservación del quetzal. Se prohibía matar al pájaro, y para quitarle las plumas sólo se podía capturar vivo para luego dejarlo en libertad.

El modo como esto se cumplía lo narra Francisco Hernández, uno de los cronistas españoles más exactos y uno de los más distinguidos naturalistas de su tiempo. Según Hernández, los cazadores de aves se dirigían a la montaña y se escondían en ranchitos después de haber esparcido trigo y clavar en el suelo muchas varas untadas con cierto pegamento. Los quetzales se quedaban pegados en las varas y eran presa de los indios. Comprendiendo indistintamente el objeto preciado de su posesión, los pájaros no ofrecían resistencia y se dejaban quitar las preciosas plumas. Lo único que no va bien con esa leyenda azteca es que el quetzal no se alimenta en el suelo.

De cualquier modo que se capturase a los pájaros, eran indudables las grandes precauciones que se tomaban para no lastimarlos o matarlos. La infracción de esta ley significaba la muerte de los culpables. Las plumas recaudadas no eran posesión de muchos, sino únicamente del Emperador de México. Los cortesanos trasmitían las suyas a sus herederos como algo muy preciado, pues la riqueza del plumaje no se pierde al morir el pájaro, y el aspecto iridicente de sus variados tonos de verde, oro, cobre y azul, persisten a través de los años. Evidentemente sólo las plumas caudales del macho constituían tributo, porque uno puede ver en los anales de tributos mexicanos, haces de dichas plumas hábilmente dibujados, con el nombre del pueblo tributario. Muy cuidadosamente el artista dibujaba en jeroglíficos las largas plumas en hacecillos junto con el símbolo de la cantidad recibida.

En Tenochtitlán (ciudad de México), los tejedores de palacio, hacían con las plumas coronas para el rey y la nobleza, para los festivales de paz, y también para los atavíos guerreros. Adornados así para la batalla, con las plumas del quetzal reluciendo en la corona del Emperador, los aztecas peleaban en la guerra bajo el escudo y protección del "Dios del Aire".

Además de las plumas de otros pájaros que llegaban a México como tributo de los estados vasallos, también tenían las plumas que mudaban los pájaros cautivos. En la residencia real de Iztaapalapan como también en el mismo Tenochtitlán, los aztecas mantenían grandes pajareras. La más digna de notarse era la de Moctezuma anexa a su palacio en los jardines de Chapultepec (El Monte de los Chapulines). Si hemos de creer a los cronistas, allí se dedicaban grandes extensiones de terreno para miles de pájaros silvestres traídos de todas partes del imperio azteca. Los "cardenales" escarlatas, los dorados faisanes y pájaros de todas las variedades de familia de los loros, eran solamente los de primera fila ornitológica en el vasto concurso de pájaros que volaban dentro de inmensa jaula. Trescientos sirvientes cuidaban de los pájaros familiarizándose con los alimentos apropiados y cuando éstos no se conseguían en las altas mesetas mexicanas, los hacían traer a diario, con mucho costo, de las tierras bajas. En la época de mudar plumas recogían éstas cuidadosamente y las entregaban a los tejedores de palacio, quienes ideaban los brillantes y pintorescos tejidos de plumas que tanto deleitaron a los conquistadores. Pero aunque tenían allí a todos los pájaros de vivos colores del trópico, no se hace mención alguna del quetzal, pájaro real para ellos. El "Rey del Aire" sin duda eludía hasta el ingenio de los aztecas.

Asociado con el más alto grado de la cultura mexicana, el quetzal, por capricho de la fortuna, también se asoció con la caída de este imperio. Porque el quetzal, parte íntima de la personalidad de Quetzalcoatl, inadvertidamente preparó el camino para la conquista española. En cierta ocasión, durante la historia personal de Quetzalcoatl, este dios se puso en pugna con otras divinidades. La causa del conflicto es incierta, pero lo seguro es que Quetzalcoatl tuvo que abandonar su patria y partir en exilio. Se dice que tuvo que salir del interior y viajar hasta la costa, y a lo largo de la ruta, en una especie de viaje triunfal, los pueblos agradecidos erigieron soberbios edificios en su honor, pues de acuerdo con la leyenda de Quetzalcoatl, mientras él anduvo por tierra, el maíz, cuyo cultivo él introdujo, crecía por sí mismo y daba mazorcas del tamaño de un hombre. El algodón también crecía por sí mismo y no había necesidad de teñirlo, pues la flor brotaba ya pintada de variados colores. La atmósfera en el tiempo de Quetzalcoatl estaba llena de perfumes raros y pájaros cantores. Reinaba la paz y los días tranquilos de verano seguían ininterrumpidos. La idea de este mito no es nueva y tiene mucho parecido a la ilusión del jardín de Edén, pero como quiera que nos refiramos a esos fabulosos tiempos como a los "dichosos tiempos pasados", para la gente de México eran "la edad de oro de Anahuac". Cuando el dios Quetzalcoatl fué exilado terminó esa edad dorada. Quetzalcoatl se dirigió hacia el golfo de México, quizá al lugar que hoy conocemos como Veracruz; prometió a la gente que en algún lejano día, en el mes de "Ce Acatl" haría su regreso, y así partió en un pequeño navío hecho de pieles de serpiente hacia la fabulosa tierra de Tlapallan, el palacio de inmortalidad de los aztecas.

En 1521, durante el reinado de Moctezuma, aparecieron los españoles, capitaneados por Cortés. Antes de su llegada se habían observado en México fenómenos sobrenaturales, presagios de un mal cercano. El gran lago de Tezcuco se había vuelto turbulento; una de las torres de los templos se había incendiado, cometas llenaban el cielo, y los sacerdotes interpretaban estos fenómenos haciendo creer a la gente en el próximo retorno de Quetzalcoatl. Confiadamente esperaban el regreso de la benévola deidad, y la tan arraigada tradición de su regreso, vívida en sus corazones, preparó el camino para el futuro triunfo de los españoles. Muy poca duda cabe que sin el mito del retorno de Quetzalcoatl, los seguidores de Cortés nunca hubieran ganado su primer terreno. Moctezuma considerando todos estos fenómenos como presagios de su caída, adoptó una política vacilante hacia los extranjeros. Después de todo, ellos eran de "piel blanca", de barbas negras, y llegaban del Oriente, con tan singulares avíos como cañones, buques y caballos, y el parecido físico de Cortés con la deidad esperada, además de la superstición que entonces reinaba, fueron suficientes para permitir a los españoles el comienzo de sus matanzas sin mayor oposición. Sin embargo, cuando las clases reinantes y el pueblo mismo se dieron cuenta de que Cortés no era Quetzalcoatl ni su hijo, ya era demasiado tarde, porque se conocían las riquezas del reino de México y los esbirros de un rey más poderoso que la superstición de la serpiente con plumas de quetzal, estaban destruyendo la antigua cultura de las Américas.

Ignorantes por completo del papel que habían desempeñado en el génesis y fin de la cultura americana, nuestros quetzalitos se preocupaban más por comer. Y para nosotros el trabajo era mayor al correr de los días; teníamos que suministrarles nuevos alimentos; poco a poco bajamos a menores altitudes y ansiosamente esperamos el desarrollo final de la hermosa belleza del quetzal. Sin hacer caso del prejuicio existente por siglos de que dicho pájaro no puede vivir cautivo, tomamos toda clase de precauciones para conjurar la fábula. Y la paciencia de mi esposa Cristina, más que todo, contribuyó a que pudiéramos satisfacer el constante deseo del Dr. Julián Huxley de obtener estos quetzales para el jardín zoológico de Londres.

Padrón de Alajuela

Padrón General de todas las familias de que se compone el vecindario de Villa Hermosa en la provincia de Costarrica con numeracion de personas y separación de sexos y claces, cumpliendo en esto lo mandado por su S. Sa. Dn. Josef Vasquez y Telles cavallero professo en la orden de Alcántara, govr. por S. M. y Comte. de las armas en esta prova. y en ella Delegado de Intendente en Rñ. Hacienda y económico de Guerra. Formado por mi D. Juan Augn. Lara thente. de govr. de dha villa en este año de 1793. (*).

Villa Hermosa

FAMILIAS	Hombres			Mujeres		
	Españoles	Mestizos	Mulatos	Españolas	Mestizas	Mulatas
Dn. Juan Augn. Lara	3	–	–	4	2	1
D. Miguel Alfaro	3	–	4	6	–	7
D. Christoual Humaña	1	–	3	–	–	3
Antn. Carbonero	–	4	–	–	5	–
Matias Morera	–	4	–	–	5	–
Juan Manl. Morera	–	4	–	–	4	–
Enrique Alfaro	–	1	–	–	4	–
Joachin Siuaja	–	6	–	–	4	–
Miguel Trejos	–	7	–	1	–	–
Juan Molina	–	2	–	–	6	–
Miguel Hernandes	–	2	–	–	1	–
Maria Zamora	–	–	–	–	2	–
Juan Ramires	–	6	–	–	2	–
Manl. Paniagua	–	5	–	–	4	–
Santiago Leon	–	3	–	–	2	–
Josef Ramires	–	2	–	–	4	–

(*) Nota: Se ha respetado la ortografía del original.